

## LIBRO SÉTIMO.

---

Ahora representate el estado de la naturaleza humana, con relacion á la ciencia y á la ignorancia, segun el cuadro que te voy á trazar. Imagina un antro subterráneo, que tenga en toda su longitud una abertura que dé libre paso á la luz, y en esta caverna hombres encadenados desde la infancia, de suerte que no puedan mudar de lugar ni volver la cabeza á causa de las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, pudiendo solamente ver los objetos que tienen en frente. Detrás de ellos, á cierta distancia y á cierta altura, supóngase un fuego cuyo resplandor les alumbra, y un camino escarpado entre este fuego y los cautivos. Supon á lo largo de este camino un muro, semejante á los tabiques que los charlatanes ponen entre ellos y los espectadores, para ocultarles la combinacion y los resortes secretos de las maravillas que hacen.

—Ya me represento todo eso.

—Figúrate personas, que pasan á lo largo del muro, llevando objetos de toda clase, figuras de hombres, de animales, de madera ó piedra, de suerte que todo esto aparezca sobre el muro. Entre los portadores de todas estas cosas, unos se detienen á conversar y otros pasan sin decir nada.

—¡Extraños prisioneros y cuadro singular!

—Se parecen, sin embargo, á nosotros punto por punto. Por lo pronto ¿crees que puedan ver otra cosa de sí mismos y de los que están á su lado, que las sombras que van á

producirse en frente de ellos en el fondo de la caverna.

—¿Ni cómo habian de poder ver más, si desde su nacimiento están precisados á tener la cabeza inmóvil?

—Y respecto de los objetos que pasan detrás de ellos, ¿pueden ver otra cosa que las sombras de los mismos?

—No.

—Si pudieran conversar unos con otros, ¿no convenirian en dar á las sombras que ven los nombres de las cosas mismas?

—Sin duda.

—Y si en el fondo de su prision hubiera un eco, que repitiese las palabras de los transeuntes, ¿no se imaginarian oír hablar á las sombras mismas que pasan delante de sus ojos?

—Sí.

—En fin, no creerian que pudiera existir otra realidad que estas mismas sombras.

—Sin duda.

—Mira ahora lo que naturalmente debe suceder á estos hombres, si se les libra de las cadenas y se les cura de su error. Que se desligue á uno de estos cautivos, que se le fuerce de repente á levantarse, á volver la cabeza, á marchar y mirar del lado de la luz; hará todas estas cosas con un trabajo increíble; la luz le ofenderá á los ojos, y el alucinamiento que habrá de causarle le impedirá distinguir los objetos, cuyas sombras veia ántes. ¿Qué crees que responderia, si se le dijese, que hasta entónces sólo habia visto fantasmas, y que ahora tenia delante de su vista objetos más reales y más aproximados á la verdad? Si en seguida se le muestran las cosas á medida que se vayan presentando, y á fuerza de preguntas se le obliga á decir lo que son, ¿no se le pondrá en el mayor conflicto, y no estará él mismo persuadido de que lo que veia ántes era más real que lo que ahora se le muestra?

—Sin duda.

—Y si se le obligase á mirar al fuego, ¿no sentiria molestia en los ojos? ¿No volveria la vista para mirar á las sombras, en las que se fija sin esfuerzo? ¿No creeria hallar en éstas más distincion y claridad que en todo lo que ahora se le muestra?

—Seguramente.

—Si despues se le saca de la caverna, y se le lleva por el sendero áspero y escarpado hasta encontrar la claridad del sol, ¡qué suplicio seria para él verse arrastrado de esa manera! ¡cómo se enfureceria! y cuando llegara á la luz del sol, deslumbrados sus ojos con tanta claridad, ¿podria ver ninguno de estos numerosos objetos que llamamos séres reales?

—Al pronto no podria.

—Necesitaria indudablemente algun tiempo para acostumbrarse á ello. Lo que distinguiria más fácilmente seria, primero, las sombras; despues, las imágenes de los hombres y demás objetos pintados sobre la superficie de las aguas; y por último, los objetos mismos. Luego dirigiria sus miradas al cielo, al cual podria mirar más fácilmente durante la noche á la luz de la luna y de las estrellas que en pleno dia á la luz del sol.

—Sin duda.

—Y al fin podria, no sólo ver la imagen del sol en las aguas y donde quiera que se refleja, sino fijarse en él y contemplarlo allí donde verdaderamente se encuentra.

—Sí.

—Despues de esto, comenzando á razonar, llegaria á concluir, que el sol es el que crea las estaciones y los años, el que gobierna todo en el mundo visible, y el que es en cierta manera la causa de todo lo que se veia en la caverna.

—Es evidente que llegaria como por grados á hacer todas esas reflexiones.

—Si en aquel acto recordaba su primer estancia, la idea

que allí se tiene de la sabiduría y sus compañeros de esclavitud, ¿no se regocijaria de su mudanza y no se compadeceria de la desgracia de aquellos?

—Seguramente.

—¿Crees que envidiaría aún los honores, las alabanzas y las recompensas que allí se daban al que más pronto observaba las sombras á su paso, al que con más seguridad recordaba el orden en que marchaban yendo unas delante ó detrás de otras ó juntas, y que en este concepto era el más hábil para adivinar su aparicion; ó que tendría envidia á los que eran en esta prision más poderosos y más honrados? ¿No preferiria, como Aquiles en Homero (1), pasar la vida al servicio de un pobre labrador y sufrirlo todo ántes que recobrar su primer estado y sus primeras ilusiones?

—No dudo que estaria dispuesto á sufrir cuanto se quisiera ántes que vivir de esa suerte.

—Fija tu atencion en lo que voy á decir. Si este hombre volviera de nuevo á su prision, para ocupar su antiguo puesto, en este tránsito repentino de la plena luz á la oscuridad, ¿no se encontraria como ciego?

—Sí.

—Y si cuando no distingue aún nada, y ántes de que sus ojos hayan recobrado su aptitud, lo que no podria suceder sin pasar mucho tiempo, tuviese precision de discutir con los otros prisioneros sobre estas sombras, ¿no daria lugar á que estos se rieran, diciendo que por haber salido de la caverna habia perdido la vista, y no añadirían además, que seria de parte de ellos una locura el querer abandonar el lugar en que estaban, y que si alguno intentara sacarlos de allí y llevarlos al exterior seria preciso cogerle y matarle?

—Sin duda.

---

(1) *Odisea* l. XI, v. 488.

— Y bien, mi querido Glaucon, esta es precisamente la imagen de la condicion humana. El antro subterráneo es este mundo visible; el fuego que le ilumina es la luz del sol; este cautivo, que sube á la region superior y que la contempla, es el alma que se eleva hasta la esfera inteligible. Hé aquí por lo ménos lo que yo pienso, ya que quieres saberlo. Sabe Dios si es conforme con la verdad. En cuanto á mí lo que me parece en el asunto es lo que voy á decirte. En los últimos límites del mundo inteligible está la idea del bien, que se percibe con dificultad; pero una vez percibida no se puede ménos de sacar la consecuencia de que ella es la causa primera de todo lo que hay de bello y de bueno en el universo; que, en este mundo visible, ella es la que produce la luz y el astro de que ésta procede directamente; que en el mundo invisible engendra la verdad y la inteligencia; y en fin, que ha de tener fijos los ojos en esta idea el que quiera conducirse sábiamente en la vida pública y en la privada.

— Soy de tu dictámen en cuanto puedo comprender tu pensamiento.

— Admite, por lo tanto, y no te sorprenda, que los que han llegado á esta sublime contemplacion, desdennan tomar parte en los negocios humanos, y sus almas aspiran sin cesar á fijarse en este lugar elevado. Así debe suceder, si es que ha de ser conforme con la pintura alegórica que yo he trazado.

— Sí, así debe ser.

— ¿Es extraño que un hombre, al pasar de esta contemplacion divina á la de los miserables objetos que nos ocupan, se turbe y parezca ridículo, cuando, ántes de familiarizarse con las tinieblas que nos rodean, se ve precisado á entrar en discusion ante los tribunales ó en cualquier otro paraje sobre sombras y fantasmas de justicia y explicar como él las concibe delante de personas que jamás han visto la justicia en sí misma?

—No veo en eso nada que me sorprenda.

—Un hombre sensato reflexionará, que la vista puede turbarse de dos maneras y por dos causas opuestas; por el tránsito de la luz á la oscuridad, ó por el de la oscuridad á la luz; y aplicando á los ojos del alma lo que sucede á los del cuerpo, cuando vea á aquella turbada y entorpecida para distinguir ciertos objetos, en vez de reír sin razon al verla en tal embarazo, examinará si éste procede de que el alma viene de un estado más luminoso, ó si es que al pasar de la ignorancia á la luz, se ve deslumbrada por el excesivo resplandor de ésta. En el primer caso, la felicitará por su turbacion; y en el segundo, lamentará su suerte; y si quiere reírse á su costa, sus burlas serán ménos ridículas, que si se dirigiesen al alma que desciende de la estancia de la luz.

—Lo que dices es muy razonable.

—Si todo esto es cierto, debemos concluir que la ciencia no se aprende de la manera que ciertas gentes pretenden. Se jactan de poder hacerla entrar en un alma donde no existe, poco más ó ménos del mismo modo que se volveria la vista á un ciego.

—Lo dicen resueltamente.

—Pero lo que estamos diciendo nos hace ver que cada cual tiene en su alma la facultad de aprender mediante un órgano destinado á este fin; que todo el secreto consiste en llevar este órgano, y con él el alma toda, de la vista de lo que nace á la contemplacion de lo que es, hasta que pueda fijar la mirada en lo más luminoso que hay en el sér mismo, es decir, segun nuestra doctrina, en el bien; en la misma forma que si el ojo no tuviese un movimiento particular, seria necesario que todo el cuerpo girase con él al pasar de las tinieblas á la luz; ¿no es así?

—Sí.

—En esta evolucion, que se hace experimentar al alma, todo el arte consiste en hacerla girar de la manera más

fácil y más útil. No se trata de darle la facultad de ver, porque ya la tiene; sino que lo que sucede es que su órgano está mal dirigido y no mira á donde debia mirar, y esto es precisamente lo que debe corregirse.

—Me parece que no consiste en otra cosa el secreto.

—Con las demás cualidades del alma sucede poco más ó ménos como con las del cuerpo; cuando no se han obtenido de la naturaleza, se adquieren mediante la educacion y la cultura. Pero respecto á la facultad de saber, como es de una naturaleza más divina, jamás pierde su virtud; se hace solamente útil ó inútil, ventajosa ó perjudicial, segun la direccion que se le da. ¿No has observado hasta dónde llevan su sagacidad esos hombres conocidos con el nombre de embaucadores? ¿Con qué penetracion su alma ruin discierne todo lo que les interesa? Su vista no está ni debilitada ni turbada, y como la obligan á servir como instrumento de su malicia, son tanto más maléficos cuanto son más sutiles y perspicaces.

—Esa observacion es exacta.

—Si desde la infancia se hubieran atajado estas tendencias criminales, que como otros tantos pesos de plomo arrastran al alma hácia los placeres sensuales y groseros y la obligan á mirar siempre hácia bajo; si despues de haberla librado de estos pesos, se hubiera dirigido su mirada hácia la verdad, la habria distinguido con la misma sagacidad.

—Así parece.

—¿No es una consecuencia probable, ó más bien necesaria, de todo lo que hemos dicho, que ni los que han recibido educacion alguna y que no tienen conocimiento de la verdad, ni aquellos á quienes se ha dejado que pasaran toda su vida en el estudio y la meditacion, son á propósito para el gobierno de los Estados; los unos, porque en su conducta no tienen un punto fijo á que puedan dirigir todo lo que hacen en la vida pública y en la vida privada; y

los otros porque no consentirán nunca que se eche sobre ellos semejante carga, creyéndose ya en vida en las islas afortunadas?

—Tienes razon.

—A nosotros, que fundamos una república, toca obligar á los hombres de naturaleza privilegiada, á que se consagren á la más sublime de todas las ciencias, contemplando el bien en sí mismo y elevándose hasta él por ese camino áspero de que hemos hablado; pero despues que hayan llegado á ese punto y hayan contemplado el bien durante cierto tiempo, guardémonos de permitirles lo que hoy se les permite.

—¿Qué?

—No consentiremos que se queden en esta region superior, negándose á bajar al lado de los desgraciados cautivos, para tomar parte en sus trabajos, y áun en sus honores, cualquiera que sea la situacion en que se vean.

—¿Pero habremos de ser tan duros con ellos? ¿Por qué condenarles á una vida miserable, cuando pueden gozar de una suerte más dichosa?

—Vuelves, mi querido amigo, á olvidar que el legislador no debe proponerse por objeto la felicidad de una determinada clase de ciudadanos con exclusion de las demás, sino la felicidad de todos; que á este fin debe unir á todos los ciudadanos en los mismos intereses, comprometiéndolos por medio de la persuasion ó de la autoridad á que se comuniquen unos á otros todas las ventajas que están en posicion de procurar á la comunidad; y que al formar con cuidado semejantes ciudadanos, no pretende dejarlos libres para que hagan de sus facultades el uso que les acomode, sino servirse de ellos con el fin de fortificar los lazos del Estado.

—Es verdad; se me habia olvidado.

—Por lo demás, ten presente, mi querido Glaucon, que nosotros no seremos culpables de injusticia para con los

filósofos que se formen entre nosotros, y podremos exponerles muy buenas razones para obligarles á que se encarguen de la guarda y de la direccion de los demás. Les diremos: en otros Estados puede excusarse á los filósofos que evitan la molestia de los negocios públicos, porque deben su sabiduría sólo á sí mismos, puesto que se han formado á pesar del gobierno, y por lo tanto es justo que lo que sólo se debe á sí mismo en su origen y en su desarrollo, no esté obligado á ninguna clase de reconocimiento para con nadie; pero vosotros no estais en este caso; os hemos formado consultando el interés del Estado y el vuestro, para que, como en la república de las abejas, seais en ésta nuestros jefes y nuestros reyes, y con esta intencion os hemos dado una educacion más perfecta que os hace más capaces que todos los demás para unir el estudio de la sabiduría al manejo de los negocios. Descended, pues, cuanto sea necesario, á la estancia comun; acostumbrad vuestros ojos á las tinieblas que allí reinan; y cuando os hayais familiarizado con ellas, juzgareis infinitamente mejor que los demás la naturaleza de las cosas que allí se ven; distinguireis mejor que ellos los fantasmas de lo bello, de lo justo y del bien, porque habeis visto en otra parte la esencia de lo bello, de lo justo y de lo bueno. Y así, tanto para vuestra dicha como para la de la república, el gobierno de nuestro Estado será una realidad, y no un sueño como en la mayor parte de los demás Estados, donde los jefes se baten por sombras vanas, y se disputan con encarnizamiento la autoridad, que miran como un gran bien. Pero la verdad es, que en todo Estado, en que los que deben mandar no muestran empeño por engrandecerse, necesariamente ha de ser bien gobernado y ha de reinar en él la concordia; mientras que donde quiera que se ansía el mando, no puede ménos de suceder todo lo contrario.

—Es cierto.

—¿Resistirán nuestros discípulos la fuerza de estas razones? ¿Se negarian á cargar alternativamente con el peso del gobierno, para ir despues á pasar juntos la mayor parte de su vida en la region de la luz pura?

—Es imposible que lo rehusen, porque son justos y justas tambien nuestras exigencias; pero entónces cada uno de ellos, al contrario de lo que sucede en todas partes, aceptará el mando como un yugo inevitable.

—Así es, mi querido amigo. Si puedes encontrar para los que deben obtener el mando una condicion que ellos prefieran al mando mismo, tambien podrás encontrar una república bien ordenada, porque en tal Estado sólo mandarán los que son verdaderamente ricos, no en oro, sino en sabiduría y en virtud, riquezas que constituyen la verdadera felicidad. Pero donde quiera que hombres pobres, hambrientos de bien, y que no tienen nada por sí mismos, aspiren al mando, creyendo encontrar en él la felicidad que buscan, el gobierno será siempre malo, se disputará y se usurpará la autoridad, y esta guerra doméstica é íntestina arruinará al fin al Estado y á sus jefes.

— Nada más cierto.

—¿Conoces alguna condicion como no sea la del verdadero filósofo, que pueda inspirar el desprecio de las dignidades y de los cargos públicos?

—No conozco otra.

—Además es preciso confiar la autoridad á los que no están ansiosos de poseerla, porque en otro caso la rivalidad haria nacer disputas entre ellos.

—Sin duda.

—¿A quién obligarás á aceptar el mando, sino á los que, instruidos mejor que nadie en la ciencia de gobernar, cuentan con otra vida y otros honores que prefieren á los que ofrece la vida civil?

—No me dirigiria á otros.

—¿Quieres ahora que examinemos juntos de qué manera formaremos los hombres de este carácter, y cómo los haremos pasar de las tinieblas á la luz, como se dice de algunos que han pasado de los infiernos á la estancia de los dioses?

—¿Había necesidad de que me lo preguntaras?

—No se trata aquí de un lance de tejo como en el juego, sino de imprimir al alma un movimiento, que la eleve de la luz tenebrosa que la rodea hasta la verdadera luz del sér por el camino, que por esto mismo llamaremos verdadera filosofía.

—Muy bien.

—Conviene ahora ver cuál es, entre las ciencias, la propia para producir este efecto.

—Sin duda.

—Y bien, mi querido Glaucon, ¿cuál es la ciencia que eleva el alma desde lo que nace hasta lo que es? Al mismo tiempo fijo mi reflexion en otra cosa. ¿No hemos dicho, que era preciso que nuestros filósofos se ejercitasen durante su juventud en el ejercicio de las armas?

—Sí.

—Por lo tanto, es preciso, que la ciencia que busquemos, además de esta primer ventaja, tenga otra.

—¿Cuál?

—La de no ser inútil á los guerreros.

—Sin duda así debe ser, si es posible.

—¿No hemos comprendido ya en nuestro plan de educacion la música y la gimnasia?

—Sí.

—Pero la gimnasia tiene por objeto lo que está expuesto á la generacion y á la corrupcion, toda vez que su destino es examinar lo que puede aumentar ó disminuir las fuerzas del cuerpo.

—Es cierto.

—Luego no es esta la ciencia que buscamos.

— No.

— ¿Será la música, tal como queda explicada más arriba?

— Pero recordarás que la música corresponde á la gimnasia, aunque en un género opuesto. Su fin, decíamos, es el de arreglar las costumbres de los guerreros, comunicando á su alma, no una ciencia, sino un cierto acuerdo mediante el sentimiento de la armonía, y una cierta regularidad de movimientos mediante la influencia del ritmo y de la medida. La música emplea con un propósito semejante los discursos, sean verdaderos ó fabulosos, pero no he visto que comprenda ninguna de las ciencias que buscas, ó sea las propias para elevar el alma hasta el conocimiento del bien.

— Me recuerdas exactamente lo que ya hemos dicho; en efecto, no hemos creído que la música comprenda nada semejante á lo que buscamos. Pero, mi querido Glaucon, ¿dónde encontraremos esa ciencia? No es ninguna de las artes mecánicas, porque en tu opinion son demasiado innobles para el caso.

— Sin contradicción; sin embargo, si descartamos la música, la gimnasia y las artes, ¿qué más ciencias nos quedan?

— Si no encontramos nada más fuera de esas, acudamos á una ciencia universal.

— ¿Cuál?

— La que es tan comun, que todas las ciencias y todas las artes se sirven de ella, y que es imprescindible aprender entre las primeras.

— ¿Qué enseña?

— Enseña á conocer lo que es uno, dos, tres; ciencia vulgar y fácil. Yo la llamo, en general, la ciencia de los números y del cálculo: ¿no es cierto que ninguna ciencia ni arte alguno pueden prescindir de ella?

— Convengo en eso.

—Ni el arte militar, por consiguiente.

—Le es absolutamente necesaria.

—Es verdad, Palamedes (1), en las tragedias, nos representa siempre á Agamennon como un raro general. ¿No has observado que se alaba de haber inventado los números, de haber formado el plan de campaña delante de Troya, y de haber hecho la enumeracion de las naves y de todo lo demás, como si ántes de él hubiera sido imposible practicar todo esto, y como si al mismo tiempo Agamennon no supiese cuántos piés tenia, puesto que si hemos de creerle, no sabia ni áun contar? ¿Qué idea crees que deberia formarse de un general semejante?

—Si eso es cierto, se tendria de él una idea muy desventajosa.

—¿Y hay, á juicio tuyo, una ciencia más necesaria á un guerrero que la de los números y del cálculo?

—Le es indispensable si quiere entender algo sobre el modo de ordenar un ejército; ó más bien, si quiere ser hombre.

—¿Tienes la misma idea que yo con relacion á esta ciencia?

—¿Qué idea?

—Me parece, que tiene la ventaja que buscamos, la de elevar el alma al puro conocimiento y conducirla á la contemplacion del sér; pero nadie sabe servirse de ella como es debido.

—No entiendo.

—Trataré de explicarte lo que pienso. A medida que vaya yo distinguiendo las cosas que creo propias para elevar el alma, de las que no lo son, considera tú sucesivamente el mismo objeto que yo; despues concede ó niega segun lo tengas por conveniente, y por este medio veremos mejor si la cosa es tal como yo me imagino.

---

(1) Personaje de una tragedia que no se sabe precisamente cuál sea.

—Habla.

—Mira si no es cierto que, entre las cosas sensibles, unas no invitan en manera alguna al entendimiento á fijar en ellas su atencion, porque los sentidos son los jueces competentes en este caso; y otras obligan al entendimiento á reflexionar, porque los sentidos no podrian pronunciar un juicio sano sobre ellas.

—¿Hablas sin duda de los objetos lejanos y que se ven en lontananza?

—No has comprendido bien lo que quiero decir.

—¿Pues de qué quieres hablar?

—Entiendo por objetos que no invitan al alma á la reflexion, aquellos que no excitan al mismo tiempo dos sensaciones contrarias; y por objetos que invitan al alma á reflexionar, entiendo aquellos que dan origen á dos sensaciones contrarias, cuando los sentidos no se dan cuenta de que sea tal cosa ó tal otra opuesta, ya hiera el objeto los sentidos de cerca ó de léjos. Para hacerte comprender mejor mi pensamiento, hé aquí tres dedos: el pequeño, el siguiente y el del medio.

—Muy bien.

—Ten entendido, que los supongo vistos de cerca; y ahora haz conmigo esta observacion.

—¿Qué observacion?

—Cada uno de ellos nos parece igualmente un dedo; poco importa en este concepto que se le vea en medio ó al extremo, blanco ó negro, gordo ó delgado y así de lo demás. Nada de esto obliga al alma á preguntar al entendimiento qué es un dedo; porque jamás la vista ha atestiguado al mismo tiempo que un dedo fuese otra cosa que un dedo.

—No, sin duda.

—Tengo, pues, razon para decir, que en este caso nada excita ni despierta al entendimiento.

—Sí.

—¿Pero la vista juzga como es debido de la magnitud ó de la pequenez de estos dedos? Para juzgar bien, ¿es indiferente que el uno de ellos esté en medio ó á los extremos? Lo mismo digo de lo grueso y de lo delgado, de la blancura y de la dureza que se nota al tacto. En general la relacion de los sentidos sobre todos estos puntos ¿no es muy defectuosa? ¿Lo que pasa con cada uno de ellos no es lo siguiente? El sentido destinado á juzgar lo que es duro no puede hacerlo, sino despues de haber juzgado lo que es blando, y dice al alma, que el cuerpo que la afecta es al mismo tiempo duro y blando.

—Así es.

—¿No es inevitable entónces, que el alma se encuentre embarazada con esta relacion del tacto, que la dice que la misma cosa es dura y blanda? La sensacion de la pesantez y de la ligereza, ¿no produce en el alma igual incertidumbre acerca de la naturaleza de la pesantez y de la ligereza, cuando la misma sensacion le dice que el mismo cuerpo es pesado y ligero?

—Semejantes testimonios deben parecer bien extraños al alma, y exigen de su parte un sério exámen.

—No estará fuera de razon, que el alma, llamando entónces en su auxilio al entendimiento y á la reflexion, trate de examinar si cada uno de estos testimonios recae sobre una sola cosa ó sobre dos.

—No, sin duda.

—Si juzga que son dos cosas, cada una de ellas le parecerá una y distinta de la otra.

—Sí.

—Si cada una de ellas le parece una, y la una y la otra dos, las concebirá ambas aparte; porque si las concibiese como no separadas, no seria ya la concepcion de dos cosas, sino la de una sola.

—Muy bien.

—La vista, deciamos, percibe la magnitud y la peque-

ñez, no como dos cosas separadas, sino como cosas confundidas; ¿no es cierto?

—Sí.

—Y para distinguir esta sensación confusa, el entendimiento, haciendo lo contrario de lo que hace la vista, se ve precisado á considerar la magnitud y la pequeñez, no confundidas, sino como distintas la una de la otra.

—Es cierto.

—Y así ve aquí la causa de que nos preguntemos á nosotros mismos qué es magnitud y qué es pequeñez.

—Sí.

—Por esto también hemos podido distinguir en estas sensaciones una parte de visible y otra parte de inteligible.

—Muy bien.

—Aquí tienes lo que yo quería hacerte comprender cuando decía que, entre los objetos sensibles, hay unos que excitan al alma á la reflexión, que son los que producen á la vez dos sensaciones contrarias; y otros, que no invitan al espíritu á reflexionar, porque sólo producen una sensación.

—Comprendo ahora, y pienso como tú.

—¿En cuál de estas dos clases colocas el número y la unidad?

—Yo no sé nada de eso.

—Juzga por lo que acabamos de decir. Si obtenemos un conocimiento suficiente de la unidad por la vista ó por cualquier otro sentido, este conocimiento no podría dirigirnos hácia la contemplación de la esencia, como dijimos ántes del dedo. Pero si la vista nos ofrece siempre en la unidad alguna contradicción, de suerte que nos parezca más bien una reunión de unidades que la unidad, en este caso hay necesidad de un juez que decida; el alma, embarazada, despierta al entendimiento, y se ve precisada á hacer indagaciones y á preguntarse á sí misma

lo que es la unidad. El conocimiento de la unidad en este caso es una de las cosas que elevan el alma, y la vuelven hácia la contemplacion del sér.

— Pero la vista de la unidad produce en nosotros el efecto de que hablas; porque vemos la misma cosa á la par una y múltiple hasta el infinito.

— Lo que sucede con la unidad ¿no sucede igualmente con todo número, cualquiera que él sea?

— Sin duda.

— Pero la aritmética y la ciencia del cálculo tienen por objeto el número.

— Sí.

— Por consiguiente, una y otra conducen al conocimiento de la verdad.

— Perfectamente.

— Hé aquí ya dos de las ciencias que buscamos. En efecto, ellas son necesarias al guerrero para disponer bien un ejército, y al filósofo para salir de lo que nace y muere y elevarse hasta la esencia misma de las cosas, porque sin esto no será nunca un verdadero aritmético.

— Tienes razon.

— Pero aquel, á quien confiamos la guarda de nuestro Estado, es á la vez guerrero y filósofo.

— Sí.

— Demos por lo tanto una ley á los que hemos destinado en nuestro plan á ocupar los primeros puestos, para que se consagren á la ciencia del cálculo, para que la estudien, no superficialmente, sino hasta que por medio de la pura inteligencia hayan llegado á conocer la esencia de los números, no para servirse de esta ciencia en las compras y ventas, como hacen los mercaderes y negociantes, sino para aplicarla á las necesidades de la guerra y facilitar al alma el camino que debe conducirla desde la esfera de las cosas perecibles hasta la contemplacion de la verdad y del sér.

—Muy bien.

—Ahora advierto cuán preciosa es esta ciencia del cálculo y cuán útil al objeto que nos proponemos, cuando se la estudia en sí misma, y no para hacer un negocio.

—¿Qué es lo que tanto admiras en ella?

—La virtud que tiene de elevar el alma, como acabamos de decir, obligándola á razonar sobre los números, tales como son en sí mismos, sin consentir jamás que sus cálculos recaigan sobre números visibles y palpables. Sabes sin duda lo que hacen los que están versados en esta ciencia. Si intentas dividir en su presencia la unidad propiamente dicha, se burlan de tí y no te escuchan; y si la divides, ellos la multiplican otras tantas veces, temiendo que la unidad no parezca como ella es, es decir, una, sino un conjunto de partes.

—Tienes razon.

—Si se les pregunta: ¿de qué número hablais? ¿Dónde están esas unidades tales como suponeis, perfectamente iguales entre sí, sin que haya la menor diferencia, y que no se componen de partes? mi querido Glaucon, ¿qué crees que responderán?

—Creo que responderian que ellos hablan de estos números, que no son perceptibles por los sentidos, y que no se pueden comprender de otra manera que por el pensamiento.

—Ya ves, mi querido amigo, que no podemos absolutamente pasar sin esta ciencia, puesto que es evidente, que obliga al alma á servirse del entendimiento para conocer la verdad.

—Ciertamente es maravillosamente propia para producir este efecto.

—¿No has observado tambien, que los que han nacido para calculistas y con espíritu de combinacion, tienen mucha facilidad para aprender casi todas las ciencias, y que hasta los espíritus tardos, cuando se han ejercitado

con constancia en el cálculo, alcanzan por lo menos la ventaja de adquirir mayor facilidad y penetracion para aprender?

— Así es.

— Por lo demás, difícil te seria encontrar muchas ciencias más penosas de aprender y de profundizar que ésta.

— Lo creo.

— Por todas estas razones no debemos despreciarla y sí dedicar á ella desde muy temprano á los que nazcan con un excelente natural.

— Consiento en ello.

— Por consiguiente, la adoptamos. Veamos si esta otra ciencia, que se relaciona con aquella, nos conviene ó nó.

— ¿Cuál es? ¿será la geometría?

— La misma.

— Es evidente que nos conviene, por lo menos en cuanto tiene relacion con las operaciones de la guerra; porque en condiciones iguales un geómetra podrá mejor que ningun otro sentar unos reales, tomar plazas fuertes, concentrar ó desplegar un ejército, y hacer que ejecute todas las evoluciones que están en uso en una accion ó en una marcha.

— A decir verdad, no se necesita mucha geometría ni mucho cálculo para todo esto. Es preciso ver si la parte más elevada de esta ciencia tiende á hacer más fácil para el espíritu la contemplacion de la idea del bien, porque este es, segun dijimos, el resultado de las ciencias que obligan al alma á volverse hácia el lugar donde se encuentra este sér, que es el más dichoso de los séres, y que el alma debe esforzarse en contemplar en todos conceptos.

— Tienes razon.

— Luego si la geometría mueve al alma á contemplar la esencia de las cosas, nos conviene; si se detiene en sus accidentes, no nos conviene.

— Sin duda.

—Ninguno de los que tienen la más pequeña tintura de geometría nos negará, que el objeto de esta ciencia es directamente contrario al lenguaje que usan los que la tratan.

—¿Cómo?

—Su lenguaje es ridículo, aunque no pueden menos de servirse de él. Hablan de cuadrar, prolongar, añadir, y así de lo demás, como si ellos obrasen realmente, y como si todas sus demostraciones tendiesen á la práctica, siendo así que esta ciencia, toda ella, no tiene otro objeto que el conocimiento.

—Es cierto.

—Has de convenir también en otra cosa.

—¿En qué cosa?

—En que tiene por objeto el conocimiento de lo que existe siempre, y no de lo que nace y perece.

—No tengo dificultad en convenir en ello, porque la geometría tiene por objeto el conocimiento de lo que existe siempre.

—Por consiguiente, la geometría atrae al alma hácia la verdad, forma en ella el espíritu filosófico, obligándola á dirigir á lo alto sus miradas, en lugar de abatirlas, como suele hacerse, sobre las cosas de este mundo.

—Nada más cierto.

—Por lo tanto, ordenaremos muy expresamente á los ciudadanos de nuestro Estado, que no desprecien el estudio de la geometría, tanto más cuanto que, además de esta ventaja principal, tiene otras que no son despreciables.

—¿Cuáles son?

—Por lo pronto, las relativas á la guerra, de que hablaste ántes. Además da al espíritu facilidad para aprender las otras ciencias, y así vemos que hay bajo este punto de vista una completa diferencia entre el que está versado en la geometría y el que no lo está.

—La diferencia es, en efecto, muy grande.

—Por lo tanto, haremos que aprendan tambien esta ciencia nuestros jóvenes alumnos.

—Está bien.

—La astronomía será la tercera ciencia. ¿Qué te parece?

—Soy de tu opinion, tanto más cuanto que no es ménos necesario al guerrero que al labrador y al piloto, tener un exacto conocimiento de las estaciones, de los meses y de los años.

—Verdaderamente eres demasiado bondadoso. Parece como que temes que el vulgo te eche en cara que incluyes ciencias inútiles en tu plan de educacion. Las ciencias, de que hablamos, tienen una ventaja inmensa, pero que pocos sabrán apreciar; y consiste en que purifica y reanima un órgano del alma extinguido y embotado por las demás ocupaciones de la vida; órgano, cuya conservacion nos importa mil veces más que los ojos del cuerpo, puesto que sólo por él se percibe la verdad. Cuando digas esto, los que piensan como nosotros en esta materia, te aplaudirán; pero no te atengas al voto de los que jamás se han empleado en reflexiones de esta clase, y que no ven en estas ciencias otra utilidad que aquella de que tú hablaste. Mira ahora para quién hablas, á no ser que tú no razones ni en consideracion á los unos ni en consideracion á los otros, sino para tí mismo, sin que por eso llesves á mal la utilidad que los demás puedan sacar de tus palabras.

—Es cierto que, pensando principalmente en mí, deseo interrogar y responder.

—Si es así, volvamos atrás, porque no hemos tomado la ciencia que sigue inmediatamente á la geometría.

—¿Pues qué es lo que hemos hecho?

—De las superficies hemos pasado á los sólidos en movimiento, ántes de ocuparnos de los sólidos en sí mismos. El órden exigia que, despues de lo que tiene dos dimen-

siones, hubiéramos tomado los sólidos que tienen tres, es decir, el cubo y todo lo que tiene profundidad.

—Eso es cierto. Pero me parece, Sócrates, que en esta ciencia aún no se ha hecho ningún descubrimiento.

—Eso procede de dos causas. La primera es que ningún Estado hace aprecio de estos descubrimientos, y que se trabaja en ellos débilmente, porque son penosos. La segunda es, porque los que se dedican á ella tendrían necesidad de un guía, sin el cual sus indagaciones serán inútiles. Encontrar uno bueno es difícil, y aún cuando se encontrase, en el estado actual de cosas los que se ocupan en estas indagaciones tienen demasiada presunción, para querer obedecerle. Pero si un Estado presidiese á estos trabajos, y les diera estimación, los individuos se prestarían á sus miras, y mediante trabajos concertados y sostenidos no se tardaría en descubrir la verdad; puesto que hoy mismo, á pesar del desprecio que se hace de esta ciencia por no comprender los pocos que á ella se consagran su utilidad, sólo por la fuerza del encanto que produce, triunfa de todos los obstáculos y hace cada día nuevos progresos. No es extraño que haya llegado al punto en que la vemos.

—Convengo en que no hay un estudio más atractivo que ese. Pero explícame, te lo suplico, lo que decías antes. Pusiste en primer término la geometría ó la ciencia de las superficies.

—Sí.

—Inmediatamente después la astronomía; y luego volviste atrás.

—Es porque queriendo apresurarme demasiado, retrocedo en lugar de avanzar. Después de la geometría debí hablar de la formación de los sólidos; pero viendo que en esta materia no se han hecho descubrimientos, la he dejado aparte, para pasar á la astronomía, es decir, á los sólidos en movimiento.

—Muy bien.

—Pongamos la astronomía en cuarto lugar, suponiendo la ciencia de los sólidos descubierta desde el momento en que un Estado se ocupe de ella.

—Es, en efecto, muy probable. Pero como me has echado en cara el haber hecho un elogio indebido de la astronomía, voy á alabarla de una manera conforme con tus ideas. Es evidente, á mi parecer, para todo el mundo, que la astronomía obliga al alma á mirar á lo alto, y á pasar de las cosas de la tierra á la contemplacion de las del cielo.

—Eso quizá es evidente para cualquiera otro que no sea yo, porque no pienso lo mismo.

—¿Pues cuál es tu opinion?

—Creo que de la manera que la estudian los que la erigen en filosofía, hace mirar, no hácia arriba, sino hácia abajo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me parece, que te formas una idea muy singular de lo que yo llamo conocimiento de las cosas de lo alto. ¿Crees, que si uno distinguiese algo al considerar de abajo arriba los adornos de un cielo raso, miraria con los ojos del alma y no con los ojos del cuerpo? Quizá tengas razon y yo me engaño groseramente. Pero yo no puedo reconocer otra ciencia, que haga al alma mirar á lo alto, que la que tiene por objeto lo que es (el ser) y lo que no se ve, ya se adquiriera esta ciencia mirando á lo alto con la boca abierta, ya bajando la cabeza y teniendo medio cerrados los ojos; mientras que si alguno mira á lo alto con la boca abierta para aprender algo sensible, niego que aprenda nada, porque nada de lo sensible es objeto de la ciencia, y sostengo que su alma no mira á lo alto sino hácia abajo, aunque esté acostado boca arriba sobre la tierra ó sobre el mar.

—Tienes razon en reprenderme, porque bien lo merez-

co. Pero dime; ¿qué es lo que encuentras de reprehensible en la manera con que se enseña hoy la astronomía, y qué variación convendría hacer que fuera útil á nuestro designio?

—La siguiente. Que se admire la belleza y el orden de los astros que adornan el cielo, nada más justo; pero como despues de todo no dejan de ser objetos sensibiles, quiero que se ponga su belleza muy por bajo de la belleza verdadera, de la que producen la velocidad y la lentitud reales en sus relaciones mútuas y en los movimientos que comunican á los astros, segun el verdadero número y todas las verdaderas figuras. Estas cosas escapan á la vista, y no pueden comprenderse sino por el entendimiento y por el pensamiento: ¿crees tú lo contrario?

—De ninguna manera.

—Quiero, pues, que la belleza del cielo visible no sea más que la imágen de la del cielo inteligible, y que nos sirva para nuestra instruccion como servirian á un geómetra las figuras ejecutadas por Dédalo ó por cualquier otro escultor ó pintor. Considerándolas como obras maestras de arte, un geómetra tendria por ridículo estudiarlas seriamente, para descubrir en ellas la verdad absoluta de las relaciones de igualdad, de la mitad al todo, ó cualquiera otra.

—Seguramente seria ridículo.

—El verdadero astrónomo, ¿no pensará lo mismo respecto á las revoluciones celestes? Creerá sin duda, que el que ha hecho el cielo ha dado á su obra la belleza, que el artista humano ha dado á la suya; pero en cuanto á las relaciones del dia á la noche, de los dias á los meses, de los meses á los años, en fin, de unos astros con otros, ó de ellos con la luna y el sol, ¿no crees que mirará como una extravagancia que se imagine, que estas relaciones sean siempre las mismas y que jamás muden, cuando sólo se trata de fenómenos materiales y visibles y de buscar por

todos los medios en todo esto el descubrimiento de la verdad misma?

— Ahora ya te entiendo, y creo que tienes razon.

— Y así nos serviremos de los astros en el estudio de la astronomía, como nos servimos de las figuras en la geometría, sin detenernos en lo que pasa en el cielo, si queremos hacernos verdaderos astrónomos, y sacar algun provecho de la parte inteligente de nuestra alma, que sin esto no nos seria de utilidad alguna.

— De esa manera haces el estudio de la astronomía mucho más difícil que lo es en la actualidad.

— Me parece que debemos prescribir el mismo método, respecto á las demás ciencias, pues de no ser así, ¿qué ventaja tendrian nuestras leyes? ¿Puedes recordarme aún alguna otra ciencia, que pueda servir á nuestros planes?

— Ninguna viene ahora á mi memoria.

— Sin embargo, el movimiento, á mi parecer, no presenta una sola forma, porque tiene muchas. Un sabio podría enumerarlas todas, pero nosotros sólo nombraremos las dos que conocemos.

— ¿Cuáles son?

— La astronomía es la primera; la otra es la que corresponde con ésta.

— ¿Cuál es esa otra?

— Parece que los oidos han sido hechos para los movimientos armónicos, como los ojos para los movimientos astronómicos; y los pitagóricos dicen, que estas dos ciencias, la astronomía y la música, son hermanas, y nosotros somos de su opinion; ¿no es así?

— Sí.

— Como la cuestion es grave, adoptaremos esta misma opinion de los pitagóricos, y algunas otras si es preciso, pero observando cuidadosamente nuestra máxima.

— ¿Qué máxima?

— Vigilar para que no se den á nuestros discípulos en-

señanzas en esta materia, que serian imperfectas y no conducirian al punto á donde deben ir á parar todos nuestros conocimientos, como dijimos ántes con motivo de la astronomía. ¿No sabes, que la música no es hoy mejor tratada que su hermana? Se limita esta ciencia á la medida de los tonos y de los acordes sensibles, trabajo tan inútil como el de los astrónomos.

—Es cierto que no hay nada más ridículo. Nuestros músicos hablan sin cesar de matices diatónicos, extienden su oído como para sorprender los sonidos al paso; y unos dicen, que oyen un sonido medio entre dos tonos, y que este sonido es el más pequeño intervalo que los separa; otros sostienen, por el contrario, que estos dos tonos son perfectamente semejantes; y todos prefieren el juicio del oído al del espíritu.

—Hablas de esos famosos músicos, que no dan descanso á las cuerdas, que las ponen en tortura, y las atormentan por medio de las clavijas. Podria llevar más adelante esta descripcion y hablar de los golpes que con el arco dan á las cuerdas, y de las acusaciones que dirigen á éstas por su obstinacion en no producir ciertos sonos ó en producir los que no se les pide; pero dejando este punto, declaro que no es de estos de los que quiero hablar, sino de aquellos á quienes nos hemos propuesto interrogar sobre la armonía. Estos, por lo ménos, hacen lo mismo que los astrónomos; indagan los números de que resultan los acordes que hieren el oído; pero no llegan á ver solamente en estos acordes un medio de descubrir cuáles números son armónicos y cuáles no lo son, ni de dónde procede esta diferencia.

—Esa indagacion seria verdaderamente sublime.

—Ella conduce indudablemente al descubrimiento de lo bello y de lo bueno; pero si se lleva á cabo con otro fin, no servirá de nada.

—Lo creo.

—Pienso, en efecto, que si el estudio de todas las cien-

cias de que acabamos de hablar, tuviese por objeto hacer conocer las relaciones íntimas y generales, que tienen unas con otras, este estudio seria entónces un gran auxiliar para el fin que nos hemos propuesto, pues en otro caso no mereceria la pena de consagrarse á él.

—Soy de tu opinion; pero, Sócrates, semejante trabajo será muy largo y muy penoso.

—¿Qué quieres decir? Pues eso no es más que el prelude. No sabes, que todo esto no es más que una especie de prelude del canto que debemos aprender? En efecto; ¿son á tu parecer dialécticos todos los que están versados en estas ciencias?

—No, ciertamente; he encontrado muy pocos entre ellos.

—Y bien; el que no está en posicion de dar ó de entender la razon de cada cosa, ¿crees que pueda conocer jamás lo que, segun hemos dicho, era necesario saber?

—No lo creo.

—Aquí tienes, mi querido Glaucon, el canto de que acabo de hablarte; es la dialéctica. Esta ciencia, completamente espiritual, puede ser representada por el órgano de la vista, que, segun hemos demostrado, se eleva gradualmente del espectáculo de los animales al de los astros, y en fin, á la contemplacion del mismo sol. Y así el que se dedica á la dialéctica, renunciando en absoluto al uso de los sentidos, se eleva, sólo mediante la razon, hasta la esencia de las cosas; y si continúa sus indagaciones hasta que haya percibido mediante el pensamiento la esencia del bien, ha llegado al término de los conocimientos inteligibles, así como el que ve el sol ha llegado al término del conocimiento de las cosas visibles.

— Es cierto.

—¿No es esto lo que tú llamas marcha dialéctica?

—Sin duda.

—Recuerda el hombre de la caverna; comienza por

verse libre de sus cadenas; despues, abandonando las sombras, se dirige hácia las figuras artificiales y hácia la luz que las alumbra. En fin, sale de este lugar subterráneo para subir hasta los sitios que ilumina el sol; y como sus ojos débiles y ofuscados no pueden fijarse desde luego ni en los animales, ni en las plantas, ni en el sol, recurre á las imágenes de los mismos, pintadas en la superficie de las aguas y en sus sombras, pero estas sombras pertenecen á séres reales y no á objetos artificiales como sucedia en la caverna, y no están formadas por aquella luz, que nuestro prisionero tomaba por el sol. El estudio de las ciencias de que hemos hablado, produce el mismo efecto. Eleva la parte más noble del alma hasta la contemplacion del más excelente de los séres; como en el otro caso, el más penetrante de los órganos del cuerpo se eleva á la contemplacion de lo más luminoso que hay en el mundo material y visible.

—Estoy conforme en todo lo que dices; sin embargo, bajo cierto punto de vista me parece difícil de admitir, y bajo otro me parece difícil de desechar. Pero como no es esta la única vez que hablaremos de esta materia, y más adelante volveremos muchas veces á ella, doy por sentado que así sea; y ahora pasemos á nuestro canto y estudiémoslo con el mismo esmero que el preludio. Dinos, pues, en qué consiste la dialéctica, en cuantas especies se divide, y por qué camino se llega á ella. Porque hay trazas de que el término á donde van á parar estos caminos, es el reposo del alma y el fin de su viaje.

—No podrias seguirme hasta ese punto, mi querido Glaucon; por más que no te faltara mi decidida voluntad. No seria ya la imagen del bien la que yo te haria ver, sino el bien mismo, por lo menos tal como yo lo pienso. Si al pensar así me engaño ó nó, eso no hace al caso; lo que se trata de probar es que existe algo semejante á ese bien; ¿no es así?

—Sí.

—Y no es cierto que sólo la dialéctica puede descubrirlo á un espíritu ejercitado en las ciencias que la sirven de preparacion, sin que se conozca otro camino.

—Eso es efectivamente lo que se trata de probar.

—Por lo menos hay un punto que nadie puede negar, y es que este método es el único por el que puede llegarse con regularidad á descubrir la esencia de cada cosa; porque, por lo pronto, la mayor parte de las artes sólo se ocupan de las opiniones de los hombres y de sus gustos, de la produccion y de la fabricacion, y si se quiere, sólo de la preparacion de los productos de la naturaleza ó del arte. En cuanto á las otras artes, como la geometría y todas las de la misma clase, que á nuestro parecer tienen alguna relacion con el sér, vemos que el conocimiento que de éste tienen se parece á un sueño; que les será siempre imposible verlo con esa vista clara que distingue la vigilia del ensueño, mientras no se eleven por encima de sus hipótesis de las que no dan la razon. ¿Cómo es posible dar el nombre de ciencia á demostraciones fundadas en principios inciertos, y que sirven, sin embargo, de base á las conclusiones y proposiciones intermedias?

—No es posible.

—El método dialéctico es el único que, dejando á un lado las hipótesis, se eleva hasta el principio para establecerlo firmemente, sacando poco á poco el ojo del alma del cieno en que estaba sumido, y elevándole á lo alto con el auxilio y por el ministerio de las artes de que hemos hablado. Hemos distinguido éstas muchas veces con el nombre de ciencias, para conformarnos al uso; pero seria preciso darlas otro nombre, que ocupase un medio entre la oscuridad de la opinion y la evidencia de la ciencia. Antes nos servimos del nombre de conocimiento razonado. Pero á mi juicio tenemos cosas demasiado impor-

tantes de que tratar, para que nos detengamos ahora en una disputa de palabras.

—Tienes razon.

—Mi dictámen es, que continuemos llamando ciencia á la primera y más perfecta manera de conocer; conocimiento razonado á la segunda; fe á la tercera; conjetura á la cuarta; comprendiendo las dos últimas bajo el nombre de opinion, y las dos primeras bajo el de inteligencia; de suerte que lo perecedero sea el objeto de la opinion, y lo permanente el de la inteligencia; y que la inteligencia sea á la opinion, la ciencia á la fe, el conocimiento razonado á la conjetura, lo que la esencia es á lo perecedero. Dejemos por ahora, mi querido Glaucon, el exámen de las razones en que se funda esta analogía, así como la manera de dividir en dos especies la clase de objetos sometidos á la opinion y la que pertenece á la inteligencia, para no vernos envueltos en discusiones más largas que todas aquellas de que ya hemos salido.

—En cuanto he podido seguirte, me adhiero á todo lo que has dicho.

—¿No llamas dialéctico al que conoce la razon de la esencia de cada cosa? ¿Y no dices de un hombre, que no tiene inteligencia de una cosa, cuando no puede dar razon de ella ni á sí mismo ni á los demás?

—¿Cómo podria decir otra cosa?

—Razonemos del mismo modo respecto al bien. Un hombre que no puede separar por el entendimiento la idea del bien de todas las demás, ni dar de ella una definicion precisa, ni vencer todas las objeciones, como un hombre de corazon en un combate, ni demostrar esta idea de una manera real, destruyendo todos los obstáculos mediante un razonamiento irresistible, ¿no dirás de él que ni conoce el bien por esencia, ni ningun otro bien; que si percibe algun fantasma de bien, no es mediante la ciencia sino mediante la opinion como él la comprende; que su

vida se pasa en un profundo sueño, acompañado de ensueños, del que no saldrá en este mundo ántes de bajar á los infiernos, donde dormirá un sueño verdadero?

—Sí, ciertamente, lo diré.

—Pero si alguna vez te encargases de la educacion de estos mismos discípulos, que formas aquí de palabra, no los pondrias á la cabeza del Estado y no les revestirias con un gran poder para disponer de los negocios públicos, si eran incapaces de dar razon de sus pensamientos, siendo estos para ellos como en geometría las líneas que se llaman irracionales (1).

—No, seguramente.

—Les ordenarias, por consiguiente, que se dedicasen especialmente á la ciencia de interrogar y de responder de la manera más sábia posible.

—Sí, se lo prescribiré de concierto contigo.

—Por lo tanto, juzgas que la dialéctica es, por decirlo así, el coronamiento y el colmo de las demás ciencias; que no hay ninguna que pueda colocarse por encima de ella, y que cierra la serie de las ciencias que importa aprender.

—Sí.

—Por consiguiente, te falta ahora designar las personas á quienes debemos hacer partícipes de estas ciencias, y de qué manera se las enseñaremos.

—Es evidente.

—¿Recuerdas cuál es el carácter de los que hemos escogido para gobernar?

—Sí.

—Tú mismo pensabas, que debiamos escoger hombres de este temple, y que era preciso preferir los más firmes, los más valientes, y, si es posible, los más hermosos; pero estas ventajas corporales y la nobleza de sentimientos no

(1) Véase á Euclides, libro X, líneas inconmensurables.

eran bastante, y se exigió que tuviesen las disposiciones convenientes para la educacion que queremos darles.

—¿Cuáles son estas disposiciones?

—La sagacidad necesaria para el estudio de las ciencias y la facilidad para aprender; porque al alma repugnan más presto las dificultades que presentan las ciencias abstractas, que las que ofrece la gimnasia, porque el trabajo es sólo para el alma, que no lo comparte con el cuerpo.

—Es cierto.

—Además es preciso, que tengan memoria y voluntad, que amen el trabajo y toda especie de trabajo sin distincion; pues de no ser así ¿cómo crees que habrian de consentir la amalgama de tantos ejercicios del cuerpo y tantas reflexiones y trabajos del espíritu?

—Jamás lo consentirian á no haber nacido dotados de las condiciones más felices.

—La falta, en que se incurre en nuestros dias y que tanto daño ha causado á la filosofia, procede, como ya hemos dicho, de la poca consideracion en que se tiene la dignidad de esta ciencia, porque no está hecha para espíritus bastardos, sino para verdaderos y legítimos talentos.

—¿Cómo entiendes eso?

—Por lo pronto, los que quieran dedicarse á ella, deben ser de tal suerte que nada haya que decir de ellos en razon de amor al trabajo. No basta que en parte sean laboriosos y en parte indolentes, que es lo que sucede cuando un jóven, lleno de ardimiento por la gimnasia, por la caza y por todos los ejercicios del cuerpo, rechaza todo estudio y las conversaciones é indagaciones científicas, esquivando esta clase de trabajos. Otro tanto digo de los que tienen un carácter enteramente opuesto.

—Nada más cierto.

—¿No deberemos colocar en el rango de las almas im-

perfectas, con relacion al estudio de la verdad, las que, detestando la mentira voluntaria y no pudiendo sufrirla sin sentir repugnancia dentro de sí é indignacion para las demás, no tienen el mismo horror por la mentira involuntaria, ni se consideran rebajados á sus propios ojos, cuando se los convence de su ignorancia, y ántes bien se revuelcan en ella con la misma complacencia que un puerco en el fango?

—Sí, sin duda.

—No ménos atencion es preciso prestar para discernir los caracteres francos de los caracteres bastardos en razon de la templanza, de la fuerza, de la grandeza de alma y de las demás virtudes. Por no saber distinguirlos, los particulares y los Estados someten sus intereses, éstos á magistrados débiles é incapaces, y aquellos á amigos de iguales condiciones.

—Eso sucede con demasiada frecuencia.

—Tomemos, pues, todas las precauciones para hacer una buena eleccion, porque si sólo dedicamos á los estudios y ejercicios de esta importancia á personas á quienes nada falte ni con relacion al cuerpo ni con relacion al espíritu, la misma justicia nada tendrá que echarnos en cara, y nuestro Estado y nuestras leyes se mantendrán firmes; pero si dedicamos á estos trabajos personas indignas, sucederá todo lo contrario, y pondremos en completo ridículo á la filosofia.

—Eso seria para nosotros una vergüenza.

—Sin duda, pero no me hago cargo de que yo mismo estoy dando lugar á que se rian á mi costa.

—¿Por qué?

—Porque olvido, que todo esto no es más que un proyecto en el aire, y hablo con el mismo calor que si la cosa se estuviese ejecutando ante mis ojos. Lo que me ha irritado es, que al echar una mirada sobre la filosofia mientras hablaba y al verla tratada con el mayor desprecio, no he

podido contener mi indignacion contra los que la ultrajan.

—Tu auditorio no advierte que te hayas excedido.

—No lo cree así el orador. Pero sea de esto lo que quiera, no olvidemos, que nuestra primera eleccion recaia sobre ancianos, y que aquí no estaria muy en su lugar, porque no hay que creer á Solon, cuando dice que *un anciano puede aprender muchas cosas*; más fácil seria para él correr. No; todos los grandes trabajos están reservados á la juventud.

—Es cierto.

—Desde la edad más tierna es preciso destinar nuestros discípulos al estudio de la aritmética, de la geometría y demás ciencias, que sirven de preparacion á la dialéctica; pero es necesario desterrar de la enseñanza todo lo que sean trabas y coacciones.

—¿Por qué razon?

—Porque un espíritu libre no debe aprender nada como esclavo. Que los ejercicios del cuerpo sean forzosos ó voluntarios, no por eso el cuerpo deja de sacar provecho; pero las lecciones, que se hacen entrar por fuerza en el alma, no tienen en ella ninguna fijeza.

—Es cierto.

—No emplees la violencia con los niños, cuando les des las lecciones; haz de manera que se instruyan jugando y así te pondrás mejor en situacion de conocer las disposiciones de cada uno.

—Lo que dices me parece muy sensato.

—Acuérdate tambien de que, segun dijimos ántes, es preciso llevar á los niños á la guerra á caballo, hacer que presencién el combate, y hasta aproximarlos á la pelea cuando no haya en ella gran peligro, y procurar en cierta manera que gusten la sangre como se hace con los perros jóvenes de caza.

—Me acuerdo de eso.

— Pondrás á un lado los que hayan mostrado más paciencia en los trabajos, más valor en los peligros y más ardor en las ciencias.

—¿A qué edad?

— Cuando hayan concluido su curso de ejercicios gimnásticos, porque durante este tiempo, que será de dos á tres años, les es imposible dedicarse á otra cosa, porque no hay nada más enemigo de las ciencias que la fatiga y el sueño. Por otra parte, los ejercicios gimnásticos son una prueba á la que importa mucho someterlos.

—Lo pienso así.

—Pasado este tiempo, y cuando hayan llegado á los veinte años, concederás á los que hayas escogido distinciones honrosas, y los presentarás en conjunto las ciencias que hayan estudiado en detalle durante la infancia, á fin de que se acostumbren á ver de una ojeada y bajo un punto de vista general las relaciones, que las ciencias tienen entre sí, y á conocer la naturaleza del sér.

—Este método es el único que puede afirmar en ellos los conocimientos que habrán adquirido.

—Tambien es el medio más seguro de distinguir el espíritu dialéctico de cualquiera otro espíritu; porque el que sabe reunir los objetos bajo un punto de vista general ha nacido para la dialéctica; los que no están en este caso, nó.

—Soy del mismo parecer.

—Despues de haber observado los mejores espíritus de este género, los que hayan mostrado más constancia y firmeza, ya en el estudio de las ciencias, ya en los trabajos de la guerra, ya en las demás pruebas prescritas, cuando hayan llegado á los treinta años, les concederás mayores honores; y dedicándolos á la dialéctica, distinguirás los que, sin auxiliarse de los ojos y de los demás sentidos, puedan por la sola fuerza de la verdad elevarse hasta el conocimiento del sér; y aquí es, mi querido

Glaucón, donde es preciso tomar las mayores precauciones.

—¿Por qué?

—¿No has fijado tu atención en el gran mal que reina en nuestros días en la dialéctica?

—¿Qué mal?

—El desorden.

—Es cierto.

—¿Crees que haya nada de sorprendente en este desorden? ¿No excusas á los que se entregan á él?

—¿En qué concepto son excusables?

—Les sucede lo mismo que á un hijo supuesto, que, educado en el seno de una familia noble y opulenta, en medio del fausto y rodeado de aduladores, se aperciese, cuando fuese ya grande, que los que se dicen sus padres no lo son, sin poder descubrir los verdaderos. ¿Podrías decirme qué pensaría de sus aduladores y de sus pretendidos padres ántes de conocer su posición y despues de haberla conocido? ¿Ó quieres saber lo que yo pienso?

—Mucho que lo quiero.

—Me imagino, que en el primer caso tendría más respeto á su padre, á su madre y á los demás que miraba como parientes, que no á sus aduladores; que estaría más dispuesto á socorrerlos, si los veía en la indigencia; que lo estaría ménos á maltratarlos de palabra ó de hecho; y, en una palabra, que en las cosas esenciales les obedecería ántes que á sus aduladores durante todo el tiempo que ignorase su situación.

—Así parece.

—Pero apenas supiera la verdad, en el momento sus respetos y sus atenciones disminuirían para con los padres y aumentarían para con los aduladores; se entregaría á éstos con ménos reserva que ántes, siguiendo en todo sus consejos, y viviendo con ellos públicamente en la mayor familiaridad, mientras que nada le importaría, ni su pa-

dre ni sus supuestos parientes, á no estar dotado de un natural muy sabio.

—Las cosas no dejarían de pasar como dices; ¿pero cómo se hace la aplicacion de este caso al desórden de que te quejas?

—De la manera siguiente: ¿no se nos educa desde la infancia en los principios de justicia y de honestidad, principios que honramos y obedecemos como á nuestros padres?

—Es cierto.

—¿No hay tambien máximas opuestas á estos principios; máximas, que sólo tienden á ensalzar el placer y que asedian nuestra alma como otros tantos aduladores, pero que no arrastran á los más sabios de nosotros, que conservan siempre el mismo respeto y la misma sumision á los principios en que han sido educados?

—Eso tambien es cierto.

—Ahora bien, si llega á preguntarse al que está en esta disposicion de espíritu, qué es lo que se llama honroso, y si despues de haber respondido conforme á lo que aprendió de boca del legislador, se le rebate su respuesta, se le confunde en repetidas ocasiones, y se le pone en la necesidad de dudar si existe algo que sea en sí mismo honrado; si se repite esta escena con respecto á lo justo, á lo bueno, y á las demás cosas que él reverenciaba, ¿qué partido te parece que tomará en razon del respeto y de la sumision que prestaba ántes á los principios?

—Necesariamente los honraria y obedecería ménos que ántes.

—Pero cuando llegue el caso de no sentir el mismo respeto por tales principios y de no reconocer las relaciones íntimas que con él tienen; y si por otra parte le es imposible descubrir por sí mismo la verdad, ¿cómo puede ménos de abrazar las otras máximas que le lisonjean?

— No puede menos.

— Se hará, por consiguiente, rebelde á las leyes, á que era ántes sumiso.

— Sin duda.

— Por consiguiente, los que se dedican á la dialéctica de esta manera, deben caer en este inconveniente; y despues de todo, merecen que se los perdone.

— Y además que se les tenga compasion.

— Para no exponer nuestros discípulos al mismo inconveniente, cuando hayan llegado á los treinta años y ántes de destinarlos á la dialéctica, procurarás tomar todas las precauciones necesarias.

— Muy bien.

— ¿No es una excelente precaucion prohibirles la dialéctica cuando son demasiado jóvenes? No ignoras, sin duda, que los jóvenes, cuando han recibido las primeras lecciones de la dialéctica, se sirven de ella como de un pasatiempo, y tienen fruicion en provocar controversias sin cesar. A ejemplo de los que les han confundido en la disputa, ellos á su vez confunden á los demás, y semejantes á los perros jóvenes, se complacen en ladrar y despedazar con el razonamiento á cuantos se les aproximan.

— Los pintas al natural.

— Despues de muchas disputas en que han salido unas veces vencidos y otras vencedores, concluyen, por lo ordinario, por no creer nada de lo que creian ántes. De esta manera dan ocasion á que los demás los desacrediten á ellos y á la filosofia.

— Nada más cierto.

— En una edad más madura no se incurrirá en esta manía; se imitará más bien á los que trabajan para descubrir la verdad, que á los que contradicen sólo por entretenimiento y diversion. De esta manera se granjeará el dictado de hombre sabio y moderado, y se pondrá la

profesion filosófica en un grado de estimacion, que no tenia ántes.

—Muy bien.

—Por vía de precaucion dijimos ántes, que á los ejercicios de la dialéctica sólo debian admitirse espíritus sólidos y graves, en vez de admitir, como se hace en nuestros dias, al primero que llega, áun cuando muchas veces no tenga disposicion para ello.

—Tienes razon.

—¿Será bastante dar á la dialéctica un tiempo doble del que se ha dado á la gimnasia, y consagrarse á ella sin tregua y tan exclusivamente como se hizo con los ejercicios del cuerpo?

—¿Cuántos años? ¿Cuatro ó seis?

—Pon cinco. Despues de esto, los harás descender de nuevo á la caverna, obligándolos á pasar por los empleos militares y por las demás funciones propias de su edad, á fin de que no cedan á nadie en experiencia. Observarás si en todas estas pruebas se mantienen firmes, aunque estén distraidos y sean solicitados por todas partes, ó si vacilan.

—¿Y cuánto tiempo han de durar estas pruebas?

—Quince años. Entónces es llegada la ocasion de conducir al término á aquellos que á los cincuenta años hayan salido puros de estas pruebas, y se hayan distinguido en las ciencias y en toda su conducta, precisándoles á dirigir el ojo del alma hácia el sér que alumbrá todas las cosas, á contemplar la esencia del bien y á servirse de ella despues como de un modelo para arreglar sus costumbres, las del Estado y las de los particulares, ocupándose casi siempre del estudio de la filosofía, pero cargando, cuando toque el turno, con el peso de la autoridad y de la administracion de los negocios sin otro fin que el bien público y en la persuasion de que se trata ménos de ocupar un puesto de honor, que de cumplir un deber indispensable. Entónces es cuando, despues de haber trabajado

sin descanso en formar y dejar al Estado sucesores dignos de remplazarles, podrán pasar de esta vida á las islas afortunadas. El Estado les erigirá magníficos mausoleos, y si el oráculo de Apolo lo autoriza, se les harán sacrificios como á genios tutelares ó, por lo ménos, como á almas bienaventuradas y divinas.

—Acabas, Sócrates, de fabricar, como un hábil escultor, perfectos hombres de Estado.

—Dí tambien mujeres, mi querido Glaucon; porque no creas que haya hablado yo más bien de hombres que de mujeres, siempre que estén dotadas de una aptitud conveniente.

—Así debe ser, puesto que en nuestro sistema es preciso que todo sea comun entre los dos sexos.

—Y bien, amigos míos, ¿me concedereis ahora que nuestro proyecto de Estado y de gobierno no es un simple deseo? La ejecucion es difícil sin duda, pero es posible; y sólo lo es, como se ha dicho, cuando estén á la cabeza de los gobiernos uno ó muchos verdaderos filósofos, que, mirando con desprecio los honores, que hoy con tanto ardor se solicitan, en la conviccion de que no tienen ningun valor; no estimando sino el deber y los honores que son su recompensa; poniendo la justicia por encima de todo por su importancia y su necesidad; sometidos en todo á sus leyes y esforzándose en hacerlas prevalecer, emprendan la reforma del Estado.

—¿De qué manera?

—Relegarán al campo todos los ciudadanos que pasen de diez años; y despues de haber de esta suerte sustraído al influjo de las actuales costumbres á los hijos de estos ciudadanos, los educarán conforme á sus propias costumbres y á sus propios principios, que son los que nosotros hemos expuesto ántes. Por este medio establecerán en el Estado, en poco tiempo y sin dificultad, el gobierno de que hemos hablado, y le harán muy dichoso.

—Sin contradicción. Creo, Sócrates, que has encontrado la manera como debe llevarse á cabo nuestro proyecto, en el supuesto de que algun día se verifique.

—Demos aquí por terminado nuestro discurso sobre el Estado y sobre el hombre que se le parece. Es fácil ver ahora cuál debe ser este hombre segun nuestros principios.

—Muy fácil; y como dices, la materia está agotada.

---